

Entrelíneas

Un pequeño amigo imaginario

ELIZABETH DÍAZ

Augusto Monterroso era en sí mismo una muestra de economía de recursos: medía un metro cincuenta, más o menos. Lo justo y necesario. Agudo y conciso, construyó una obra con pocos fragmentos o, al menos, dejando en el lector la sensación de haber escrito así, fragmentariamente. Fiebre de los desbordes y de la ambiciosa retórica de sus contemporáneos de generaciones, Monterroso escribió como si conversara.

La lectura, de algún modo, es siempre una conversación sobre los temas que preocupan a un determinado autor y a un determinado lector en un momento específico de sus vidas; un cruce misterioso que, a veces, puede ser incluso el comienzo de una bella amistad, a lo Ingrid Bergman y Humphrey Bogart. Una amistad que va más allá de lo intelectual y que, piensa, tiene que ver con aquel sabio recurso de la infancia: el amigo imaginario. Esa compañía ficticia que nos permite ir descubriendo el mundo exterior y, sobre todo, el interior, sin quedar paralizados ante semejante espectáculo. Por cierto, hay autores que favorecen más que otros este tipo de vínculo. Sin pretensiones totalizantes, sin la agresividad del convencido, con ellos se puede bromear, discutir de igual a igual sobre lo humano y lo divino, jugar a las cartas o a la escondida y hasta llevarlo de paseo, como todo y amable, por los lugares de la ciudad que uno transita. Alguna vez, por ejemplo, a fines de 1993, entré con Monterroso a un cine del centro, en el paseo Huastecas, para que viera una película que por entonces estaba de moda. Fue una vacante de mano, porque alguna vez el autor de *La palabra indígena* me llevó, en 1954, a Roma con él a orillas del Mapecho. A la salida del cine, mientras nos tomábamos unas copas de



vino, se me ocurrió garrapatear sobre una servilleta y entregársela luego de regalo, a modo de homenaje y crítica cinematográfica. "Cuando desperté, *Jurassic Park* ya había terminado".

Ignoré si el homenajeado de carne y hueso vio la película de Spielberg, pero mi amigo imaginario, autor de divertidas fábulas de animales, como la de «El Mono que quiso ser escritor satírico» o «La jirafa que de pronto comprendió que todo es relativo», y, por supuesto, del cuento más corto de la historia, se había aburrido hasta dormirse con la asparentosa historia de dinosaurios de computadora. Porque lo de Monterroso, definitivamente, no son los efectos especiales.

La condición y el ingenio en su obra son una forma de amabilidad con el lector, sus amigos. Los toca los agujeros, pero no los invade. Es la contracara de aquellos amigos literarios, demasiado reales siempre, que suelen hablar hasta por los codos y con cara de trascendencia. Pero, más que con un exceso de humildad y timidez, ese punto fuerte que le impone la brevedad de sus textos tiene que ver con una mirada desencantada del

mundo—del mundo literario en particular y del ser humano en general— que traduce en una ironía de pocas palabras. Más que agresivo y punzante, su humor es compasivo y hasta un tanto melancólico a veces.

Pero mi pequeño y calvo amigo (imaginario) no sólo en sus escritos destila agudeza y desencanto. Alguna vez Criselda Wernken, con su habitual solemnidad y optimismo, le preguntó si no pensaba que los grandes escritores, como Melville y Chéjov, por ejemplo, estaban locados por la gracia. Y Monterroso le respondió, hundido en su silla y oculto detrás de unos lentes amplios y redondos:

—Pensaba, pero me parece que esos dos estaban más bien locados por la desgracia.

O aquel periodista que, desconcertado por sus elucubrantes respuestas, le preguntó si acaso creía que todo es relativo. "A veces sí, a veces no", respondió el autor de *Obras completas* y otros cuentos.

Dicen que hace dos años sufrió en México un ataque cardíaco que lo llevó a la tumba; dicen, también, que alguna vez ante el verso de Martí "La muerte no es verdad", nuestro amigo, sorprendido como un niño, se preguntó: "¿lampazo?" Porque Monterroso conservó siempre su estructura de niño y ahora, libre de ese pequeño lastre del cuerpo, está más dispuesto que nunca a seguir siendo nuestro amigo imaginario. A condición, eso sí, de que nosotros, sus lectores, sigamos mirando el espectáculo de la vida y de la muerte con el asombro y el asanto del niño que descubre. Su obra está ahí, no para ordenarnos el mundo, sino para mostrarnos—viva la intención. Esa infancia que no es evasión, sino perplejidad. Y entonces basta es también un niño o un muñeco, "como quien en la illita desierta desvela su casaca en la única palmera".

Un Pequeño amigo imaginario. [artículo] López Aliaga, Luis

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un Pequeño amigo imaginario. [artículo] López Aliaga, Luis

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile